

... ¿Cómo murió Emilio Le Doze? ¿Se
cayó del poste... o le arrojaron de él?...

Las
del
TRIBULACIONES
PADRE
GARREC



RENE MADEC

El inquieto e investigador espíritu del padre Garrec le lleva de nuevo a la preocupación, a las pesquisas, a los malos ratos, en su afán de descubrir o aclarar las circunstancias que han llevado a la muerte a un joven pescador. ¿Por qué se tomaba tanto interés en ese descubrimiento la anciana ama del cura? ¿Por qué nadie en el pueblo sabía nada sobre las actividades de Emilio Le Doze... y los que sabían algo se callaban?

Todos los testigos declaraban solo vaguedades...; pero todos sentían un gran deseo de ir a contar algo; de ir a charlar un rato con el padre Garrec..., y entresacando una palabra de uno, una actitud de otro, el perspicaz rector de Rie-lan-sur-Mer consigue desentrañar el misterio, añadiendo un nuevo triunfo a su afición innata: el detectivismo.

Personajes por orden de aparición

El Rector Alain Garrec.—Cincuenta y siete años, párroco de Rielan-sur-Mer.

Madame Tromeur.—Cacharrera.

Yvette Tromeur.—Diecinueve años: su especialidad, la risa.

El ama (Vda. Ana Pogam).—Sesenta y cuatro años, es el ama del cura.

La gata tricolor del Rector.—Es mujer, y por lo mismo de carácter variable.

Emilio Le Doze.—Marino —pescador de altura—, veintiocho años.

La Almiranta.—Terrible señora de la Catequesis.

El Vicario.—Treinta y dos años.

Dos niñas vestidas de corto y un viejo caballero.—Visitantes de la iglesia.

Alina.—Vieja criada del Dr. Le Stunff.

El doctor René le Stunff.—Llamado «Reun» (el velludo). Cincuenta y siete años.

Tromeur.—Llamado «El Parlanchín», fontanero y notable cazador furtivo.

Garo.—Herrero.

Goanvic.—Albañil.

Quemeré.—Sastre.

La señora Le Doze.—Madre de Emilio.

Paul Marrec.—Joven pescador.

Luis Henriot.—Piscicultor del Toulgoët.

La señora de Luis Henriot.—Llamada «Colombina».

Karl.—Criado alemán de los Henriot.

Tres perros.—Dos de ellos, mudos.

Una campesina.

Un viejo castellano.—Ex oficial de Marina.

El griego o apátrida Diamantopoulos.

Le Doze.—Pescador, padre de Emilio.

Luis le Rest.—Joven pescador.

Tad Bleuniou.—Llamado también «Lizig», viejo campesino.

Julio Guernec.—Pescador.

1

A GRANDES pasos, martilleando el asfalto de la única calle, o mejor dicho, la carretera de Rielan-sur-Mer, con sus grandes zapatos, haciendo volar la sotana con sus fuertes piernas, hinchándola con su robusto pecho de antiguo capitán de la marina mercante, tirantes las mangas sobre sus brazos de luchador, el Padre Garrec, el «Señor Rector», iba de la rectoría a la iglesia, en un tempestuoso jueves del mes de junio.

De pronto se detuvo, dio media vuelta rápida, blandió el Breviario como si fuera a lanzarlo lejos, del mismo modo que levantan la pértiga los campeones de salto, a fin de girar más rápidamente apoyándose sobre su inercia. Inclino el torso hacia adelante, como para regresar a la rectoría. Pero, interrumpiendo el movimiento iniciado, dio otra media vuelta y emprendió de nuevo el camino hacia la iglesia.

Al pasar, vio a la mujer del cacharrero-fontanero, la señora Tromeur, que, levantando ligeramente la cortina de malla, le miraba atentamente. Se dijo: «Debe pensar que me he vuelto loco».

Se equivocaba. Era la hija de la señora Tromeur, la joven, regordeta, sonrosada y rizadita Yvette, que, desde el otro lado de la cortina, soltó una risa fresca, una risa que pareció el canto de un ruiseñor, porque al ver al Padre Garrec pensó: «¡Ahí va!, el Rector está marcando un paso de *bee-bop* en plena calle». En cambio la señora Tromeur, dejando caer de nuevo la cortina, pensó: «El señor Rector está preocupado por algo». Lo cual demostraba que, por muy

rancia y desecada que pareciera bajo su cofia en forma de alas, la señora Tromeur no tenía nada de tonta y conocía al Rector mejor que él mismo, ya que lo cierto era que estaba exasperado sin ni tan siquiera saberlo; se creía muy dueño de sí mismo, y estaba dudando entre dos deberes contradictorios.

Se hallaba en la rectoría. Había llegado muy tarde para el almuerzo, porque en el caserío de Prat-Braz, al extremo final de su Parroquia, al parecer, le habían tomado por el notario, el curandero y hasta el brujo de la comarca. Delante de un enfermo «al que no se le podían administrar los Santos Sacramentos para no asustarle», le hablaron claramente de la herencia, con un cinismo que le hizo ruborizar, avergonzado; después, con el pretexto de que el pequeño Jobic era discípulo suyo en el Catecismo y que, eso era sabido por todos, un capitán de navío sabe prodigar toda clase de cuidados de urgencia, trataron de aprovechar su visita para que le arreglara al susodicho Jobic una torcedura; luego tuvo que ir al establo a ver las vacas, y le dieron a entender que si se dignaba poner su crucifijo entre los cuernos de «la pintada», se le quitaría la fiebre aftosa y se desinfectaría el corral.

Tuvo que negarse a todo de una manera correcta pero firme; palpó la pierna del muchacho y les aconsejó que le llevaran a que le viera el Dr. Le Stunff; les recordó que tenían el ineludible deber de declarar en la alcaldía la fiebre aftosa, aunque eso les produjera muchas molestias y pérdida de dinero, y les echó un pequeño sermón sobre el respeto debido a los moribundos, sobre todo cuando oyen y entienden perfectamente todo cuanto se dice delante de ellos. Después, para borrar un poco el efecto de todas esas cosas tan desagradables, tuvo que aceptar un buen vaso de una sidra agria que le revolvió el estómago, dejándole en la boca un sabor terrible que le duró hasta llegar a la rectoría.

Y en la puerta de la rectoría le aguardaba Ana, viuda de Pogam, su vieja criada que no se quitaba nunca la cofia, su «ama» de piel amarillenta y rostro desecado, en el que brillaban dos ojos negros encima de una nariz en forma de pico de cuervo, de unos labios delgados y sin color, y una barbilla levantada como la punta de un zueco. Allí estaba, blandiendo, no un rodillo de madera, sino unas armas mucho más temibles: su voz agria, más agria que la sidra todavía, su gesto gruñón, firme y agresivo a un tiempo, y el anuncio de una comida reseca.

El Rector se sentó, empezó el ataque (una verdadera batalla) contra una chuleta de vaca dura y correosa, y lanzó un suspiro... un profundo suspiro lleno de sentido; decía: «He escogido este camino y sé todo cuanto hay que soportar; sí, lo acepto y se lo ofrezco a Dios; pero ¿no podría, al llegar a mi casa, encontrar, en sustitución de una familia, un rostro más acogedor, alguien que en lugar de regañarme constantemente y ponerme mala cara, comprendiera que no me he retrasado a cosa hecha, que estoy cansado, que necesito un poco de consuelo, de ayuda moral?».

Mientras pensaba todo eso, dejó el cubierto y alargó la mano en dirección a la gata tricolor..., pero también ésta tomó a mal la caricia, sacó las uñas y le amenazó con arañarle.

Bien. No había más remedio que volver a atacar la chuleta de vaca. Era una manera como otra cualquiera de impedir que las lágrimas asomaran a sus ojos.

¿Lágrimas en los ojos de un Rector ya curtido en los avatares de la vida, de un antiguo capitán de barco? ¿Podemos estar seguros de que no asoman nunca, de que no suben hasta sus párpados? A falta de viento o de oración, o de la compasión de un semejante para secarlas o desviarlas, lo mejor era habérselas contra el pobre animal que había dejado de sufrir. ¡Pues duro y a la chuleta!

Pero no. Con una voz tan estridente como un clarín de guerra, la vieja Ana gritó, desde la puerta:

—¡Señor Rector, hay alguien que pregunta por usted!

¿Alguien? ¿Quién? ¿Un familiar que podría asistir a la comida (que no dejaba de ser una diversión), o un extraño por quien tendría que abandonarla?

Sin precisar, cosa que jamás había podido conseguir el Rector, la vieja había vuelto a sus cazuelas, cerrando todas las puertas con un ruido seco.

El Rector se levantó penosamente. ¡Dios mío, qué cansado estaba y cuánta hambre tenía! En el vestíbulo se encontró con un muchacho robusto, de menos de treinta años, uno de los pescadores del puerto de Locmaria, muy próximo, uno de los arrabales de su Parroquia: Emilio Le Doze.

—¿Qué hay, Emilio?

El joven bajó la cara, sin mirar al sacerdote.

«Dios mío, qué guapo es —pensó éste, ya de buen humor (porque la belleza nutre, reconforta; sobre todo aquel tipo de belleza, viril, sana)—; qué guapo es con ese cabello tan rubio y tan rizado, su torso tan ancho y todo su cuerpo tan poderoso y tan ágil; un verdadero San Juan del cuadro de la Santa Cena».

Pero el «San Juan» estaba allí, sin decir palabra, dándole vueltas a la boina, como si se sintiera muy desgraciado. Sus ojos de un azul de mar, bajo las cejas descoloridas por el sol, miraban rápidamente y volvían a bajar y a esconderse bajo los párpados.

El sacerdote pensó que el joven se sentía molesto porque le había estorbado a la hora del almuerzo; se esforzó, pues, en parecer alegre y, cogiéndole por un brazo, le alejó del comedor. Con voz amiga, alentadora, repitió:

—¿Qué hay, Emilio, puedo hacer algo por ti?

Sabía que no debía hacerle ninguna pregunta precisa; durante un segundo, sin explicarse por qué, pensó: «Quiere confesarse».

¿Confesarse? ¡Diablo! Para venir a pedirlo a domicilio, tenía que ser algo muy serio. Desde luego, Emilio cumplía

con Pascua todos los años, pero fuera de eso no se le veía mucho en la iglesia, y mucho menos en la rectoría.

El Rector le miró detenidamente. En realidad no tenía el aspecto de un hombre que hubiera cometido una falta grave; en fin, lo que un marino puede considerar una falta grave, ya que para la gente de mar el «pecado de la carne» no es más que un pecadillo; las peleas con golpes y heridas, nada en absoluto; una borrachera, moneda corriente; asistir a los oficios estaba «pasado de moda»; la maldad voluntaria, completamente desconocida, y el robo, una cosa que uno mismo podía reparar, a menos que se le llamara «recuperación» o «ser espabilado». No, para un pescador, una falta de la que hay que confesarse urgentemente no podía ser más que un homicidio o... ¿Un homicidio? ¡Oh, no...! Emilio, a quien el Rector conocía bien, tan parecido a tantos otros de su pequeño mundo, no se comportaría así si hubiera matado a alguien, aunque hubiera sido involuntariamente. No. Quedaba el octavo mandamiento: el falso testimonio, la injusticia. Eso sí que era un crimen para un marino; un crimen abominable, envilecedor; un crimen del que había que confesarse tal vez con la esperanza de que eso dispensaría la obligación de reparar públicamente la falta pública, evitaría el deshonor de desmentirse.

Mientras le contemplaba largamente, el Rector había juzgado todo eso; pero, a pesar de que ahora estaba seguro, absolutamente seguro de que Emilio había ido allí con esa intención, el muchacho, con una especie de sonrisa, balanceándose sobre sus piernas, empezó a hablar. El sacerdote suspiró.

Emilio inició una historia confusa, incomprensible, llena de personajes a los que no quería nombrar y a los que el Rector no reconocía. ¿Dónde quería ir a parar? Parecía querer decir que había «determinadas personas» con las cuales él no debía ir más.

—¡Pues bien!, me parece perfecto —le contestó el sacerdote—. Ahí tienes la solución: no vuelvas a verles.

Escuchando a Emilio, el Rector se decía: «Si esta confianza fuera hecha por un estudiante que pensara en el Seminario, o por un colegial escrupuloso, lo comprendería. Pero un pescador...».

Pensando que se trataba de una entrada en materia, de uno de esos preámbulos que muchas personas utilizan para darse ánimos, le interrogó delicadamente, esperó, trató de ayudarle con palabras afectuosas.

Pero de pronto, bruscamente, el joven cambió de ruta:

—No es que me aburra, señor Rector, pero tengo que marcharme. Muchas gracias.

Soltó una risa alegre.

—Cualquier domingo le daré una sorpresa, señor Rector. —Era evidente que lo decía por la molestia que le había causado.

El sacerdote se quedó perplejo. Después de sacudirle fuertemente la mano, Emilio se marchó silbando y dirigiendo a Ana, con una sonrisa desenvuelta y simpática, un «Hasta luego, abuela», que le dejó aún más sorprendido.

¡Vaya, vaya! Claro que el Rector sabía por experiencia que de las gentes llamadas «sencillas» se puede esperar todo. Emilio había ido allí con intención de decir algo y luego no se había atrevido. Ya volvería. O tal vez la sola presencia del sacerdote le había aliviado. De pronto el Rector creyó haber encontrado la solución:

—Seguro que vendrá a anunciarme sus relaciones con una Hija de María. Ella le ha hecho prometer que vendría inmediatamente a limpiar su conciencia. Y ha venido inmediatamente..., pero después le ha dado vergüenza. La sorpresa no consistirá en un pez o una langosta, sino la elección de una muchacha virtuosa.

El Rector sintió una divertida alegría; pero debilitada por una reticencia y también por un ligero rencor: la verdad es que hubiera podido hacer esperar al joven y terminar su almuerzo.

La chuleta de vaca, al enfriarse, se había endurecido aún más. Y tuvo que comérsela en tres mordiscos, porque había pasado ya la hora del Catecismo. ¡Señor! ¿Qué debían estar haciendo solos en la iglesia treinta chiquillos? Seguramente que el vicario no estaba allí. Ese vicario...

—Bueno, ahora soy injusto —se interrumpió a sí mismo el Rector, gruñendo—; ese pobre vicario no puede estar en dos sitios a la vez, o sea vigilar a los mayores en el campo de juego y a los pequeños en la iglesia.

El rector rechazó la tentadora taza de café, demasiado caliente, que le había servido Ana, y se dirigió rápidamente hacia la puerta.

Fue entonces cuando la vieja criada le llamó con acento desacostumbrado, con voz ligeramente temblorosa, en la que se mezclaba, al habitual tono autoritario, una especie de ansiedad:

—Señor Rector... ¿puedo hablar con usted?

Espiritualmente el Padre Garrec se encontró trasladado diez años antes: a bordo de un cargo que él mandaba. ¿Por qué esa extraña asociación? ¡Ah, sí! Porque había un marino, un tal Bignon, que tenía la especialidad de pedir un permiso o cualquier favor en el momento menos oportuno, cuando atravesaban un paso difícil o el maquinista acababa de decir que las calderas fallaban.

¿Acaso Ana quería también pedir un permiso? No. Su voz había tenido un timbre grave; por otra parte, no hubiera tenido tan poca diplomacia. Tuvo un pensamiento rápido como un relámpago: «¿A ver si ella también quiere confesarse? ¿Habría pecado por falta de caridad?». Sabía muy bien que el ama se confesaba siempre con el vicario, por orden expresa suya. «¿Una urgencia...? ¿Habría asesinado a alguien, o... o habría hecho algo que, según ella, necesitara un descargo, inmediato?».

El Rector interrumpió el vuelo de su pensamiento: no podía ser nada de eso. Además, qué importaba; Ana no se moriría de repente aquella misma tarde; las viejas son co-

mo los gatos, tienen siete vidas; por la noche habría tiempo de sobra. Ahora tenía que ir al Catecismo; ¡con tal de que los chiquillos no hubieran destrozado el armonium!

Por eso se marchó a grandes pasos, haciendo volar la sotana.

Pero de pronto el tono de la voz de Ana repercutió en sus oídos. Un tono..., un tono que el recuerdo hacía trágico. Sí, la anciana había esperado que terminara de comer para hablarle de algo muy grave, seguramente.

Por eso frenó y dio media vuelta, pensando volver a la rectoría: ¿tenía derecho a no hacer caso a la llamada por el solo hecho de que se trataba de su ama? No.

Pero un soplo de aire le había traído, procedente de la iglesia, un maullido, un silbido, un horrible lamento cacofónico: ¡el armonium! Su «voz celeste» surgía a pleno pulmón, entrecortada por interferencias del «corno inglés». Algunos chiquillos jugaban con los registros, con los «efectos» que acababan de arreglar y que habían costado tan caros, mientras otros aplastaban el fuelle, el pobre fuelle tan delicado.

Si el respeto que se debía a sí mismo no se lo hubiera impedido, el Rector hubiera echado a correr hacia la iglesia. Tuvo que contentarse con apretar el paso y echar pesetas contra aquel día tan absurdo en el que todo tomaba un color hostil, provocador. Parecía como si todo se hubiera vuelto contra él.

Pero estaba aún más preocupado que todo eso —como muy acertadamente había pensado la señora Tromeur—, profundamente preocupado. Porque una vocecita implacable le decía: estás descontento de ti mismo; ese color tan sombrío eres tú quien lo das; cuando «todo se vuelve contra uno», la realidad es que es uno el que está contra todo; no has sabido imponer suficientemente el respeto a tu misión divina, a los campesinos; en cuanto a Ana, te espera en la puerta con gesto gruñón, agresivo, porque te quiere, porque te trata como a un familiar suyo; con una

palabra amable la hubieras desarmado; la gata ha querido arañarte porque la has cogido con brutalidad a causa de tus nervios excitados; Emilio Le Doze no ha dicho nada o tú no has comprendido lo que te ha dicho, porque no has sabido colocarte a su altura; si la chuleta de vaca estaba dura es porque has llegado tarde; si los chiquillos han roto el armonium, será por el mismo motivo: no sabes organizarte. Si Ana tenía algo importante que decirte, ahora tendrás remordimiento por no haberla escuchado; y si ahora estás dando un espectáculo en plena calle, tú tienes la culpa. Ya no sabes mandar, capitán... ¿Has olvidado que en el mar — y una parroquia es como un barco—, las «intenciones» no cuentan, que sólo vale la or-ga-ni-za-ción?

Organi...

¡Organista!

Esta fue la palabra que el Rector escuchó interiormente, porque el armonium acababa de exhalar su último suspiro con un grito desgarrador.

2

EL DÍA había continuado siendo caótico. Después del «catecismo» de los chicos, que se había constituido más bien en una sesión de doma, había tenido lugar el de las niñas, regado por un diluvio de lágrimas de las dos «pelmas» acostumbradas, a las que el Rector tuvo la imprudencia de interrogar. Después, una interminable discusión con una señora de la Catequesis —viuda de un almirante, ¡nada menos!—, que incluso en la iglesia chillaba para hablar; le había tenido de pie durante una hora larga, hablando de la fiesta parroquial, muy lejana todavía, y de la iglesia, que ella hubiera querido convertir, para esa ocasión, en una especie de barraca de feria. En el momento en que la ola verbal empezaba a decrecer, y las elucubraciones habían caído derrotadas, una a una, apareció el vicario, de la manera más inoportuna, y todo comenzó de nuevo; otra vez hubo que luchar a brazo partido con las locas ideas de la señora; y contrariamente a lo que se pudiera creer, dos hombres tuvieron menos fuerza que uno, ya que la señora, jugando con ellos como si se tratara del ángulo de una mesa de billar, cuando su bola se debilitaba por un lado, la lanzaba contra el otro.

Entraron unos turistas y empezaron a reírse en voz alta; entre ellos iban dos jovencitas muy monas, pero casi desnudas, enseñando entre las sandalias y los minúsculos *shorts* unas piernas llenas de una gracia realmente demasiado profana.

El Rector se acercó a ellas con la intención de recordarles el respeto debido al santo lugar, pero fue cazado al vuelo por un viejo caballero condecorado, que emprendió una conversación sobre arqueología local; de tal manera que, durante algunos instantes, el sacerdote tuvo, a su derecha, una «elegida» (por lo menos así se juzgaba ella misma) indignada, la Almiranta, y a su izquierda, dos «reprobadas», llenas de un candor y una inocencia manifiestas, pero objeto de escándalo, entre las que relampagueaban, por una parte, una muda indignación por los *shorts*, y, por otra, risas ahogadas provocadas por la antigüedad y la ridiculez del sombrero de la señora. El marino no pudo evitar el pensamiento de que la «elegida» era ridícula, que olía mal, que estaba medio loca, que era una autoritaria y hasta mala; las «reprobadas», encantadoras y puras en su inconsciencia... y pensando todo esto, se dio cuenta de lo cómica que resultaba la situación. Y para ponerle fin, echó fuera a todo el mundo, con el pretexto de hacerles ver el curioso tímpano norte de la iglesia.

Pensaba: «¡Vaya un oficio el mío! ¡Si cuando dejé la Marina me hubieran dicho que ese era el papel de un Rector!».

Nada más salir fuera, vio venir hacia él al cartero, que, apeándose de la bicicleta, le dijo que le llamaban otra vez en el caserío de Prat-Braz.

Estuvo a punto de preguntar si era para las vacas, para la torcedura del chico o para el moribundo. El cartero no precisó nada. Sólo le habían dicho que fuera en seguida. Como hacer ir al Rector a una casa «no costaba nada», eso nada quería decir: siempre tenía que ir «en seguida».

El Rector no pudo hacer más que dar las gracias a su informador y volver a Prat-Braz, donde encontró... un cadáver.

Una lluvia tormentosa, templada pero copiosa, completó la serie de desgracias, y el Rector regresó a su rectoría empapado en agua y cubierto de barro; por supuesto, con retraso y resignado a escuchar la regañina del ama.